

ROSA MARÍA DE LOS REYES LUNA

La flor que canta



NOTA EDITORIAL

La Universidad de las Américas y el Caribe, a través de su Departamento de Marketing y Relaciones Públicas, reconoce y celebra el talento de nuestra comunidad académica mediante la convocatoria del *1er Concurso de Cuento “Separados por la distancia, Unidos por palabras”*, iniciativa creada para promover la expresión creativa y el poder transformador de la palabra.

En esta primera edición, el Primer Lugar fue otorgado al cuento:

“La flor que canta”

de la alumna Rosa María de los Reyes Luna,

obra seleccionada por su sensibilidad narrativa, su visión simbólica y su capacidad de transmitir, con profunda belleza literaria, el vínculo entre memoria, naturaleza y sanación emocional.

Como parte del reconocimiento, este cuento fue ilustrado de manera exclusiva por la artista:

Xenia Meritxell Rivas Montaña

(Ilustradora e intérprete visual de la obra)

Las ilustraciones que acompañan esta edición fueron creadas especialmente para el texto, enriqueciendo la experiencia lectora al conectar visualmente los elementos mítico-poéticos presentes en la narrativa.

Con esta publicación, la Universidad de las Américas y el Caribe reafirma su compromiso de impulsar el talento, el pensamiento creativo y la difusión de obras literarias que nacen desde nuestra comunidad.

Porque las palabras unen, incluso en la distancia.

La flor que canta

Cuento mítico-poético inspirado en leyendas náhuatl

Autora: Rosa María de los Reyes Luna

Temas: Duelo, memoria ancestral, naturaleza viva, vínculo madre-hija

Género: Narrativa simbólica en prosa

Público: Apto para todo público

“Donde florece la memoria, canta la raíz.”

DEDICATORIA

A todas las voces que florecen en el silencio, a quienes han perdido, pero aún escuchan el susurro de lo que permanece. A los corazones que encuentran en la ausencia un jardín secreto, y en el dolor, una semilla que canta. A mi madre, que vive en cada raíz, y cuya memoria brota como flor bajo cada luna llena.

ESCENA 1: EL PRIMER CANTO

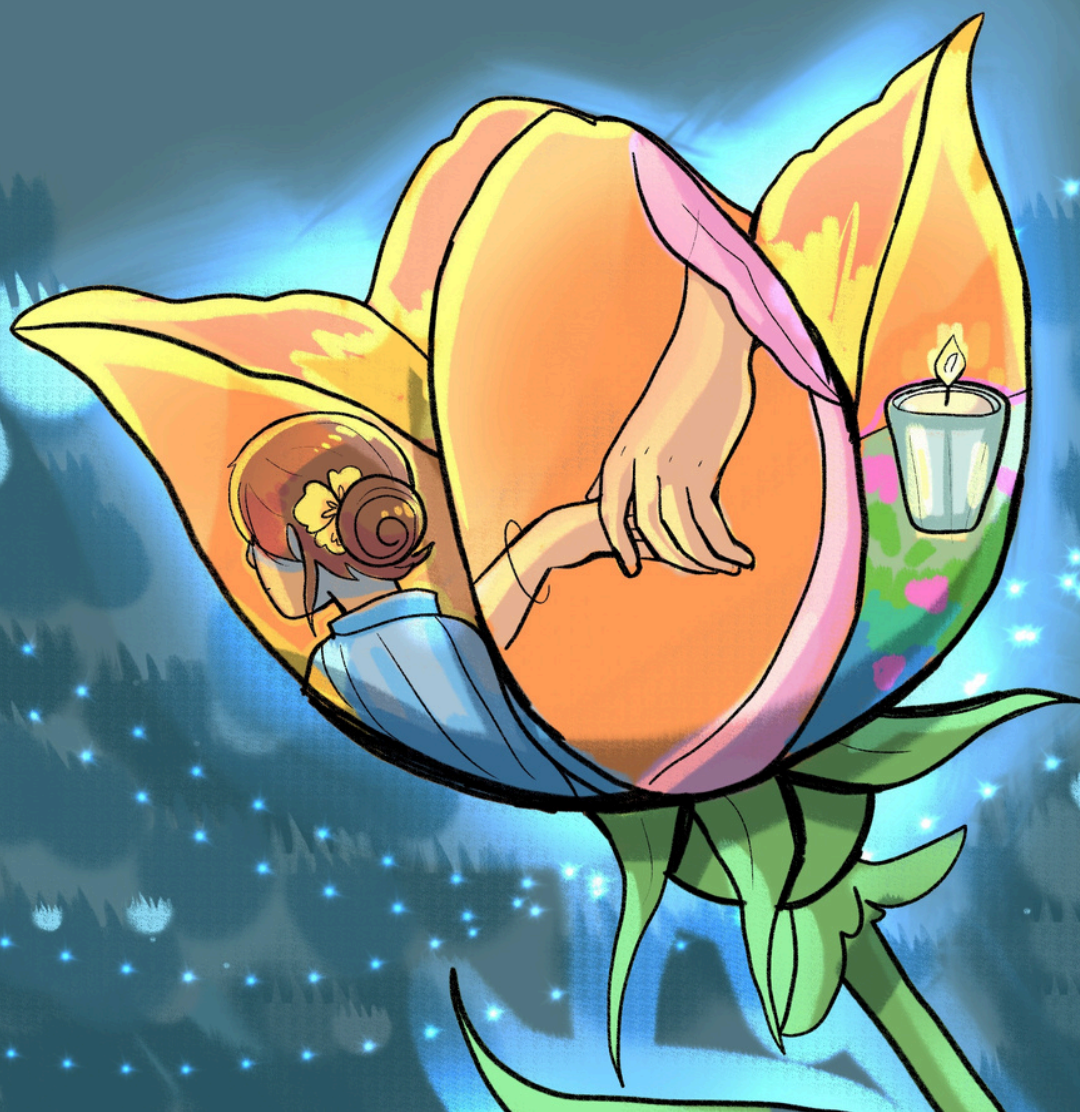
Cada luna llena, cuando el cielo se viste de plata y el viento susurra secretos antiguos, una flor silvestre entona su canto. No es un sonido que todos puedan oír. Solo quienes han perdido algo tan valioso que su alma quedó marcada por el vacío pueden percibir esa melodía tenue, como si brotara desde el corazón de la tierra.



El canto no consuela: convoca. Es un llamado sagrado, un hilo invisible que guía a los corazones heridos hacia un jardín oculto, escondido entre los pliegues del mundo visible y el recuerdo. Allí, donde el tiempo se curva y la memoria florece, las flores no solo crecen: cantan.



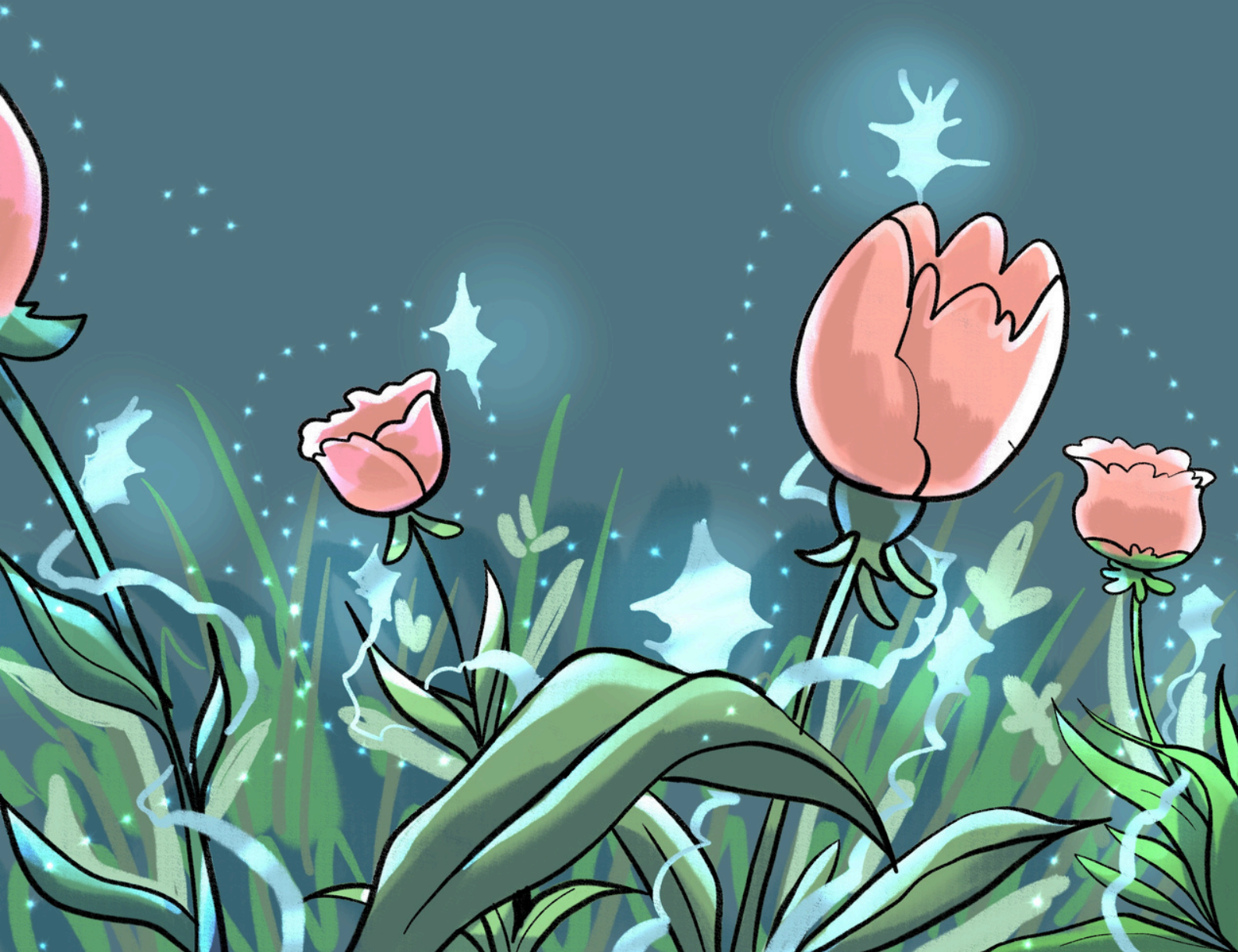
Cada pétalo guarda una historia, cada aroma evoca un instante perdido. Es un lugar que no se encuentra por voluntad, sino por necesidad. Solo quienes están listos para mirar su dolor sin miedo, para transformar la ausencia en semilla, pueden cruzar el umbral y escuchar lo que las flores tienen que decir.



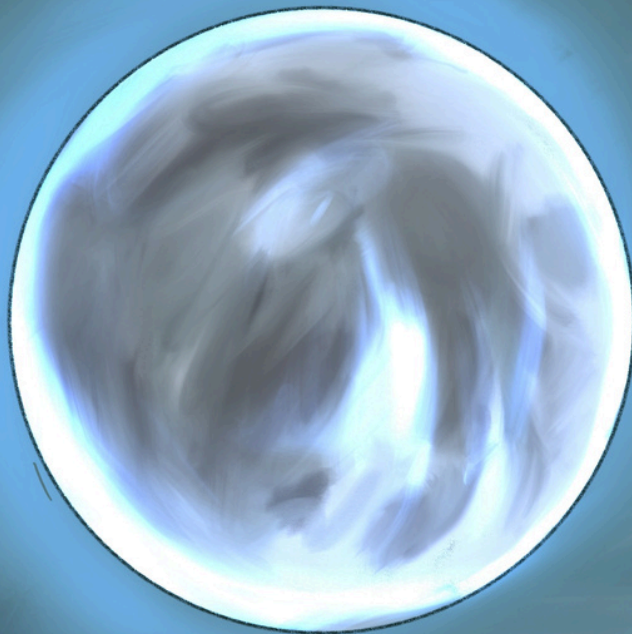
ESCENA 2: EL UMBRAL DEL JARDÍN

El jardín oculto está custodiado por espíritus florales, antiguos guardianes que emergen del perfume de las flores y del susurro de las raíces.

No tienen forma fija: a veces se manifiestan como brisas tibias que acarician la piel, otras como sombras luminosas que danzan entre los tallos.



Solo bajo la luz plena de la luna, cuando el cielo se abre como un código celeste, el jardín revela su existencia. No se encuentra en mapas ni en senderos conocidos; aparece en el instante exacto en que el corazón se dispone a recordar. Las flores que habitan ese lugar no son ornamentos: son entidades vivas que guardan memorias humanas en sus pétalos, como códigos vegetales escritos con aroma, color y vibración.

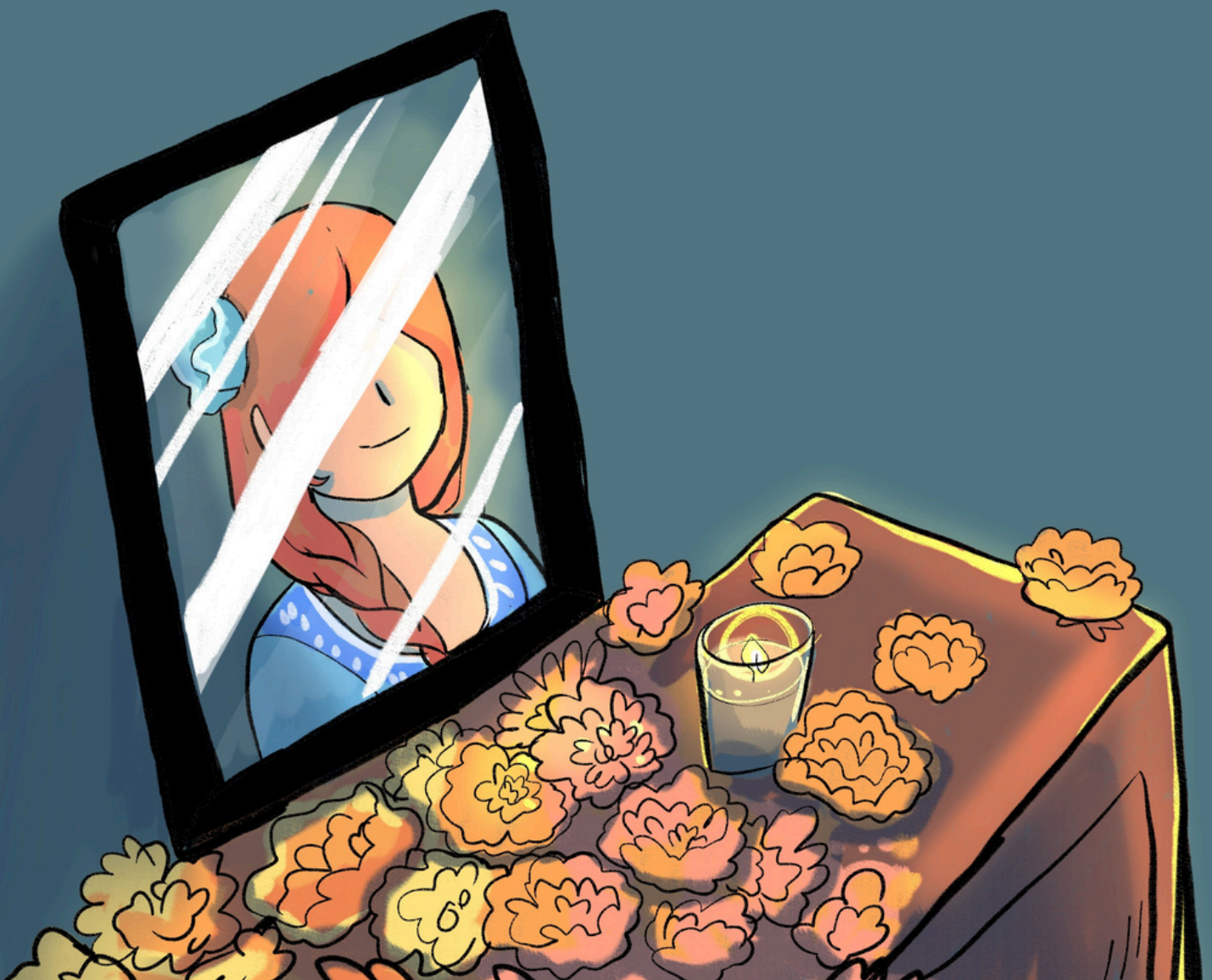


Cada flor canta una historia, una emoción, un fragmento de vida entregado por alguien que amó, que perdió, que deseó sanar. Sus cantos no se oyen con los oídos, sino con la memoria del alma. Quien se atreve a escuchar descubre que el dolor puede transformarse en belleza, y que la ausencia, cuando es honrada, florece.

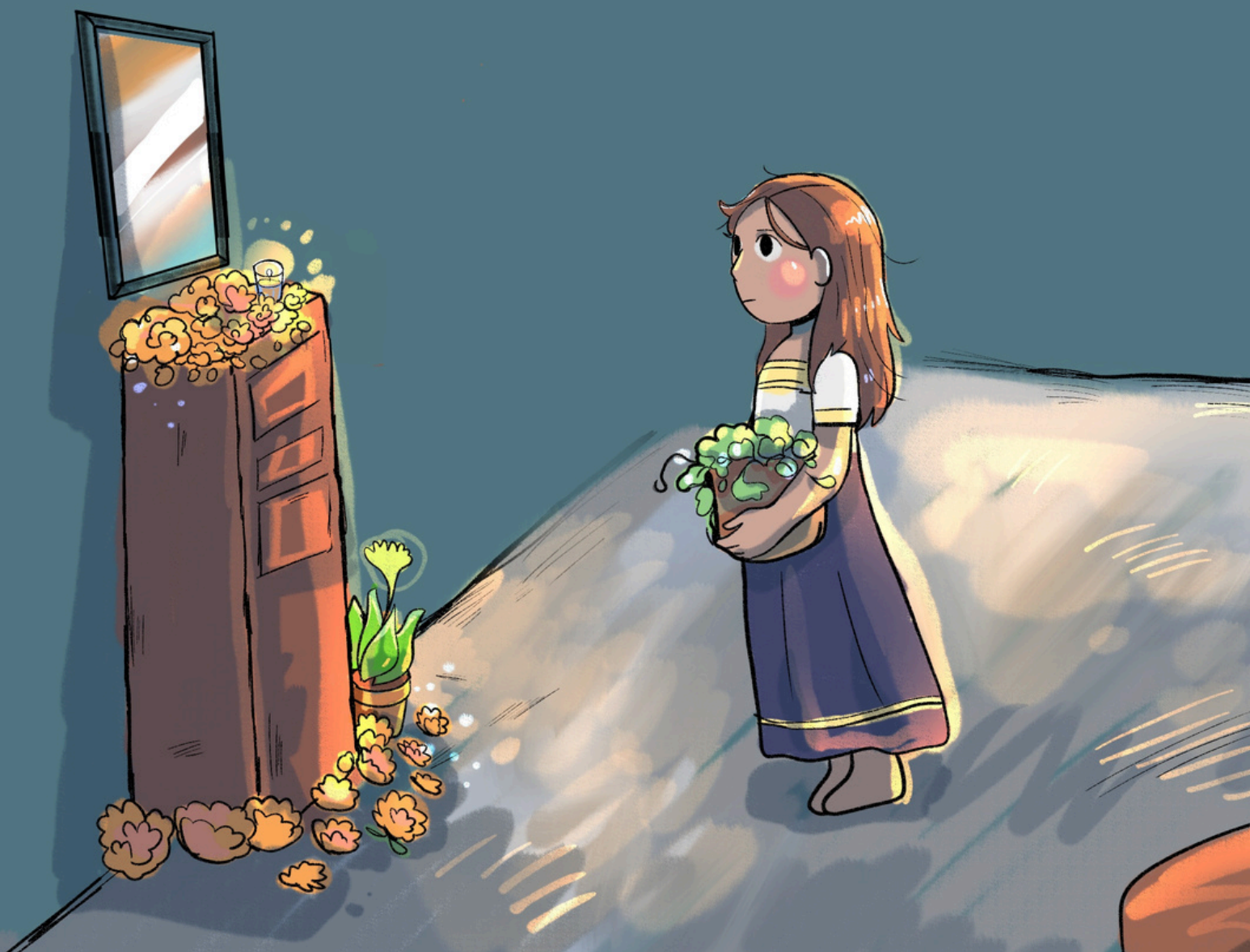


ESCENA 3: LA FLOR AZUL

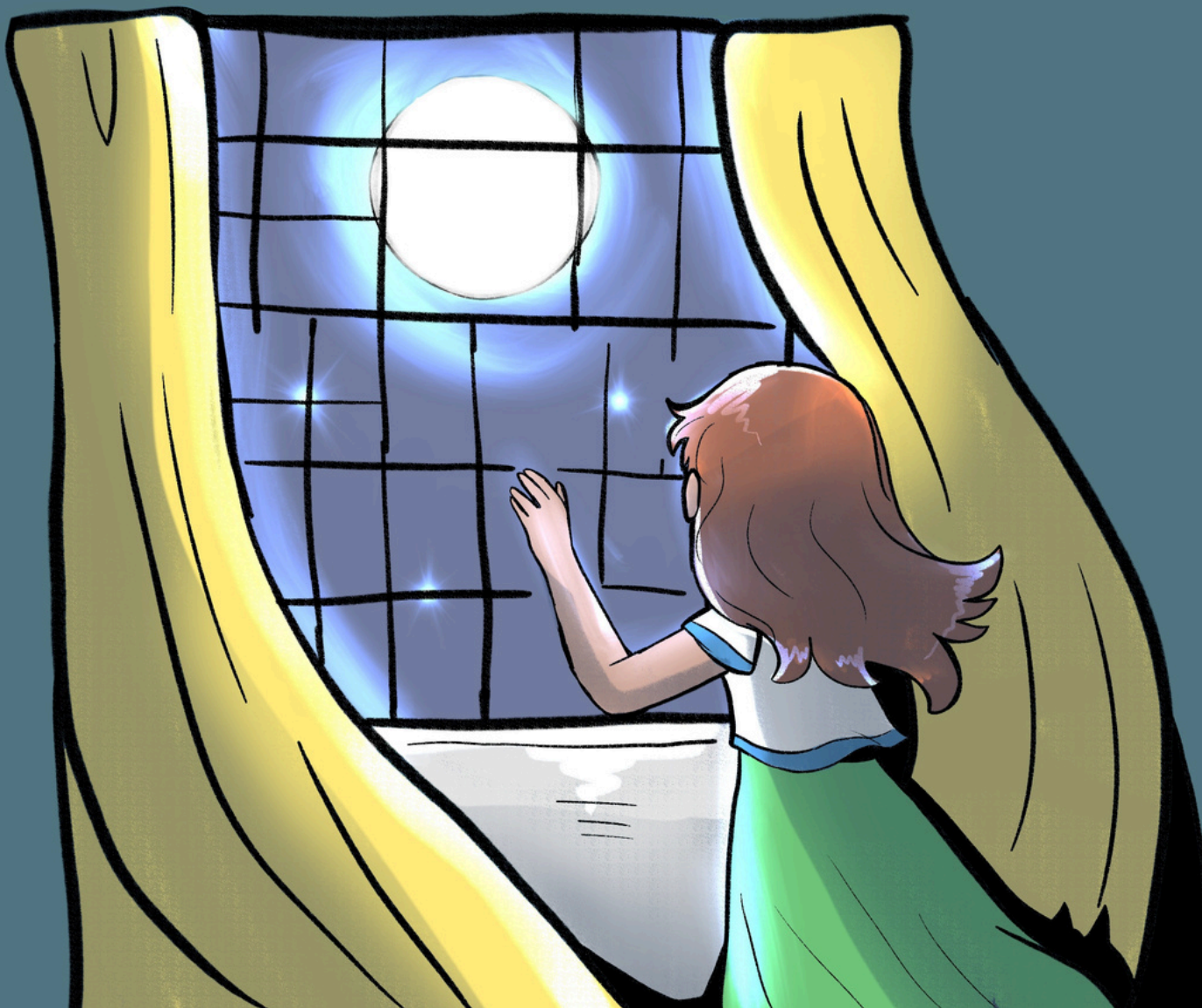
Citlali, de ojos grandes como lagunas nocturnas, había perdido recientemente a su madre, una curandera que conocía el lenguaje secreto de las plantas y tejía leyendas como quien borda constelaciones en el aire.



Desde su partida, el mundo se volvió opaco. Las palabras dejaron de tener sentido, los colores se apagaron y el tiempo se volvió un hilo sin dirección. Vivía en silencio, como si su voz se hubiera escondido entre las raíces del jardín que su madre cuidaba con devoción.



Las noches eran las únicas que le hablaban, sobre todo cuando la luna se alzaba redonda y luminosa, como si vigilara desde lo alto el dolor que no se dice. Fue en una de esas noches, cuando el viento acariciaba con ternura los tejados del pueblo, que Citlali escuchó algo distinto: un canto leve, casi imperceptible, que parecía brotar desde el corazón de la tierra. Nadie más lo oyó.

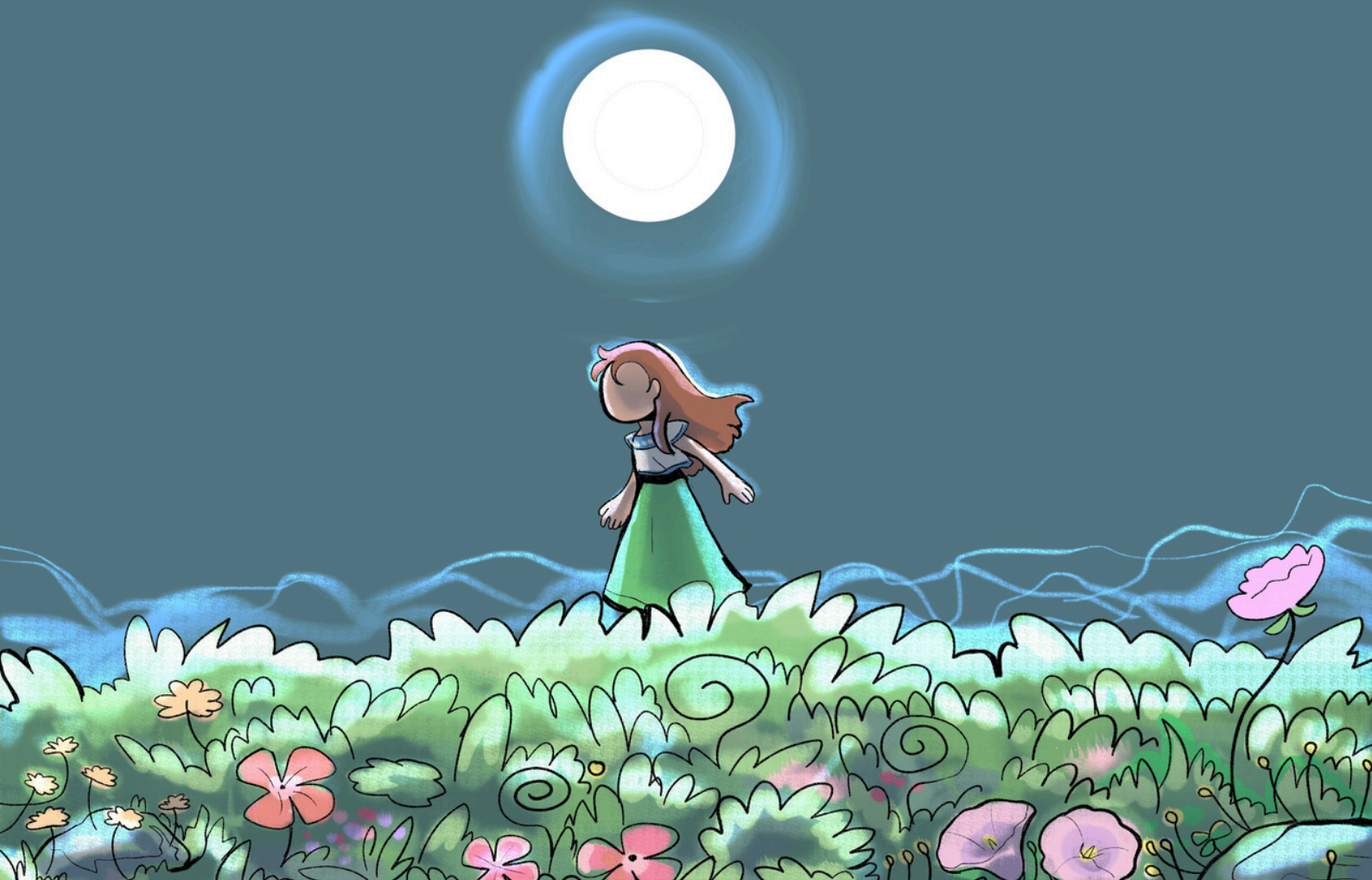


Era un sonido que no viajaba por el aire, sino por la memoria. Un canto que no se escuchaba con los oídos, sino con la ausencia. Y en ese instante, algo dentro de ella se estremeció, como si una semilla olvidada comenzará a germinar.



ESCENA 4: LA RAÍZ QUE CANTA

Citlali siguió el canto a través del campo, como si cada nota tejiera un sendero invisible entre la tierra y el cielo. La noche la envolvía con su manto de estrellas, y las luciérnagas, como pequeños fuegos guardianes, iluminaban su paso. En el suelo, entre las piedras y las hojas, comenzaron a aparecer símbolos que su madre solía dibujar con polvo de copal: espirales, ojos florales, corazones abiertos. Eran señales que no solo guiaban, sino que reconocían. El campo entero parecía recordar a Citlali, como si la naturaleza supiera que había vuelto a buscar lo que perdió..



Tras cruzar un umbral de ramas entrelazadas, llegó al jardín oculto. El aire vibraba con una música que no se escuchaba, sino que se sentía en la piel, en los huesos, en la memoria. Las flores allí no se inclinaban por el viento, sino por el recuerdo. Cada una cantaba una memoria, y su canto tenía color, aroma, temperatura.

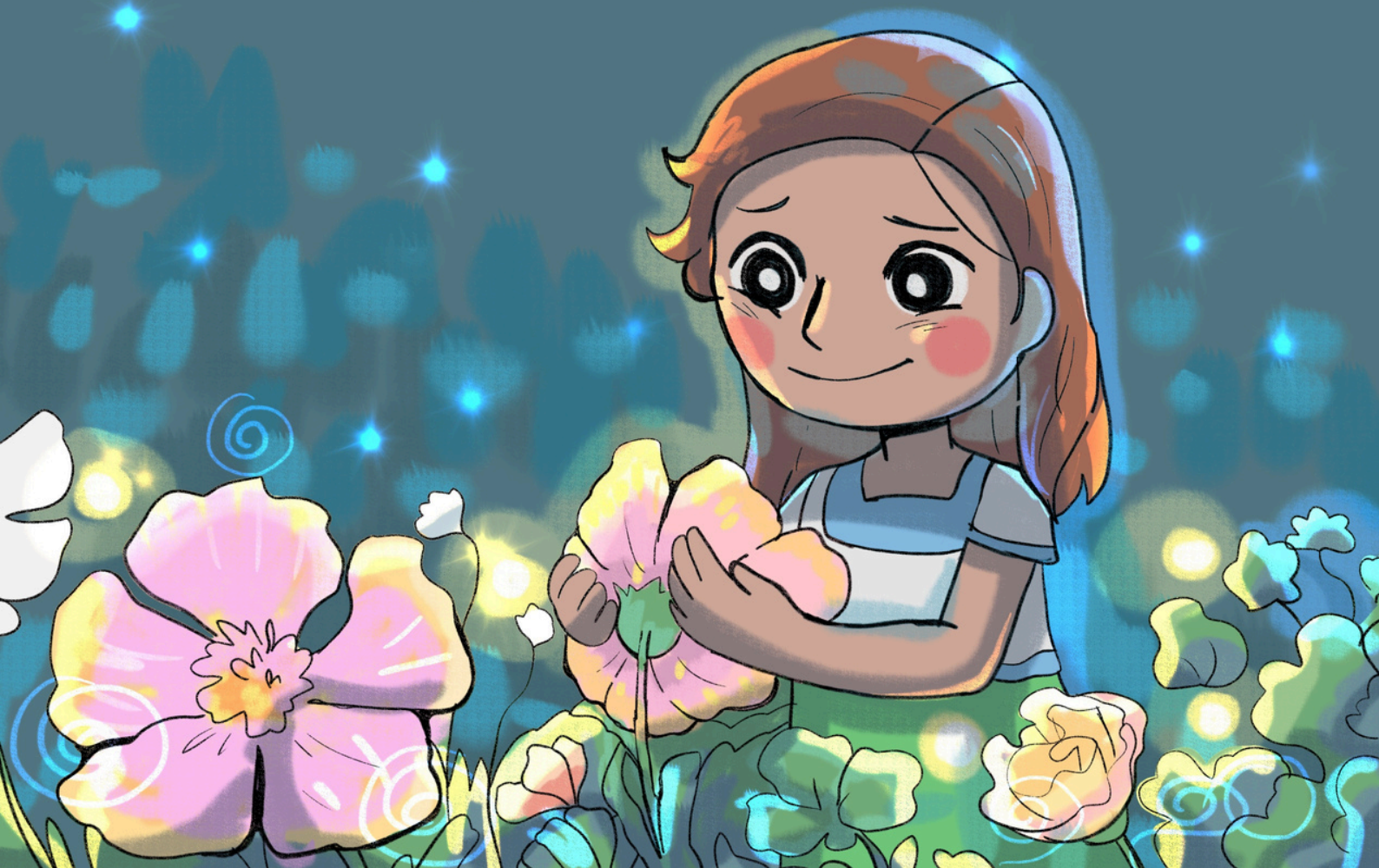


Citlali se acercó a una flor de pétalos azules que palpitaba suavemente. Al tocarla, una imagen se desplegó dentro de ella: su madre moliendo hierbas, cantando una copla antigua, riendo con los ojos cerrados. El momento no era solo recordado: era revivido.

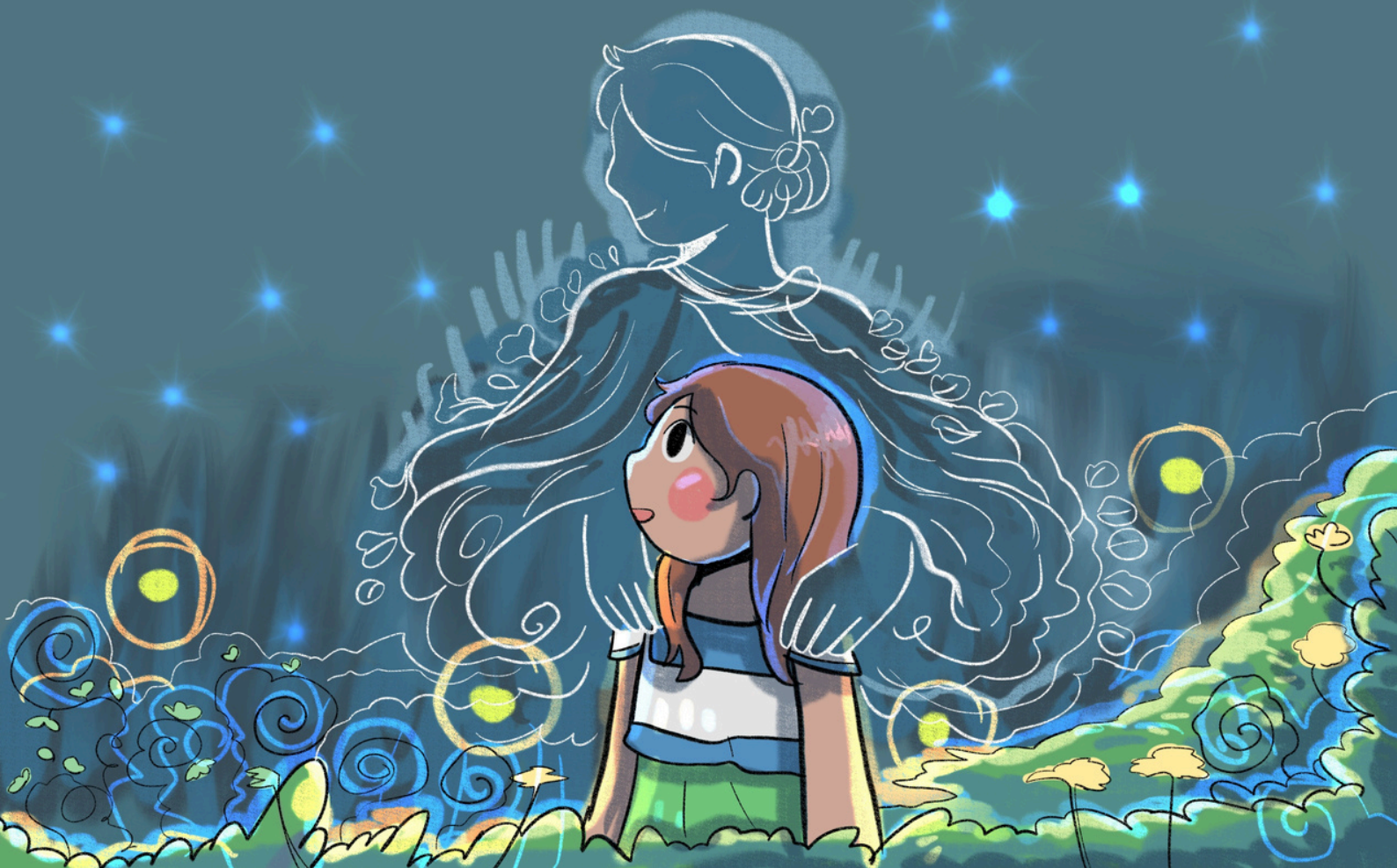


ESCENA 5: LA GUARDIANA DEL JARDÍN

Cada flor que tocaba le revelaba algo distinto: una enseñanza que no comprendió en su momento, una emoción que no supo nombrar, una despedida que no se dio. El jardín se convirtió en un código vivo, donde el duelo se transformaba en comprensión y la ausencia en presencia. Citlali no lloraba: florecía. Porque en cada canto, su madre le hablaba. Y en cada flor, la memoria se volvía raíz.

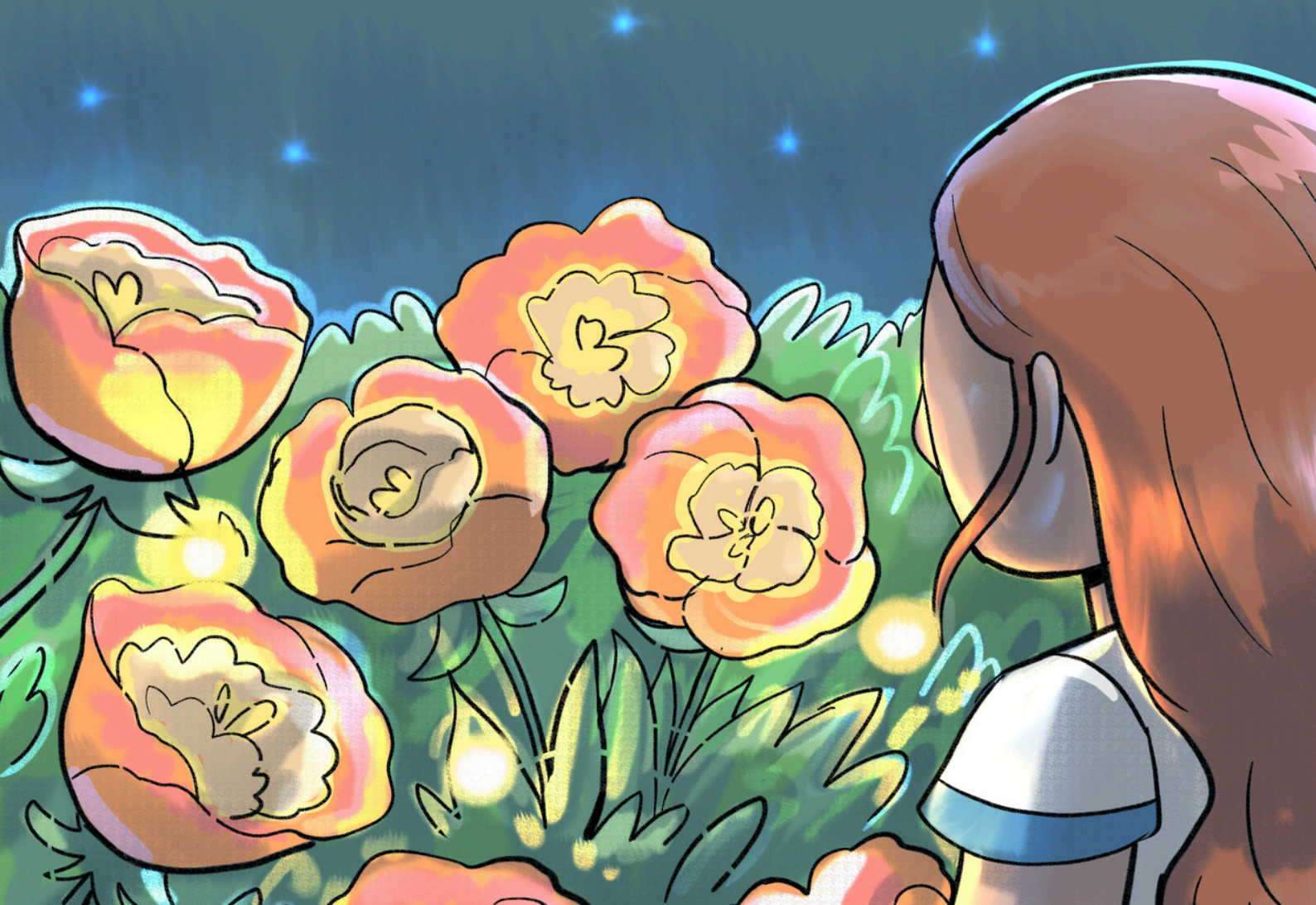


Citlali comprendió, al fin, que su madre no se había ido del todo. Vivía en las memorias que florecían, en la tierra que respiraba, en las flores que cantaban. Cada pétalo que tocaba le devolvía una caricia, una enseñanza, una palabra que creía perdida. El jardín no era solo un refugio: era un altar vivo donde la ausencia se convertía en presencia y el dolor en raíz fértil.

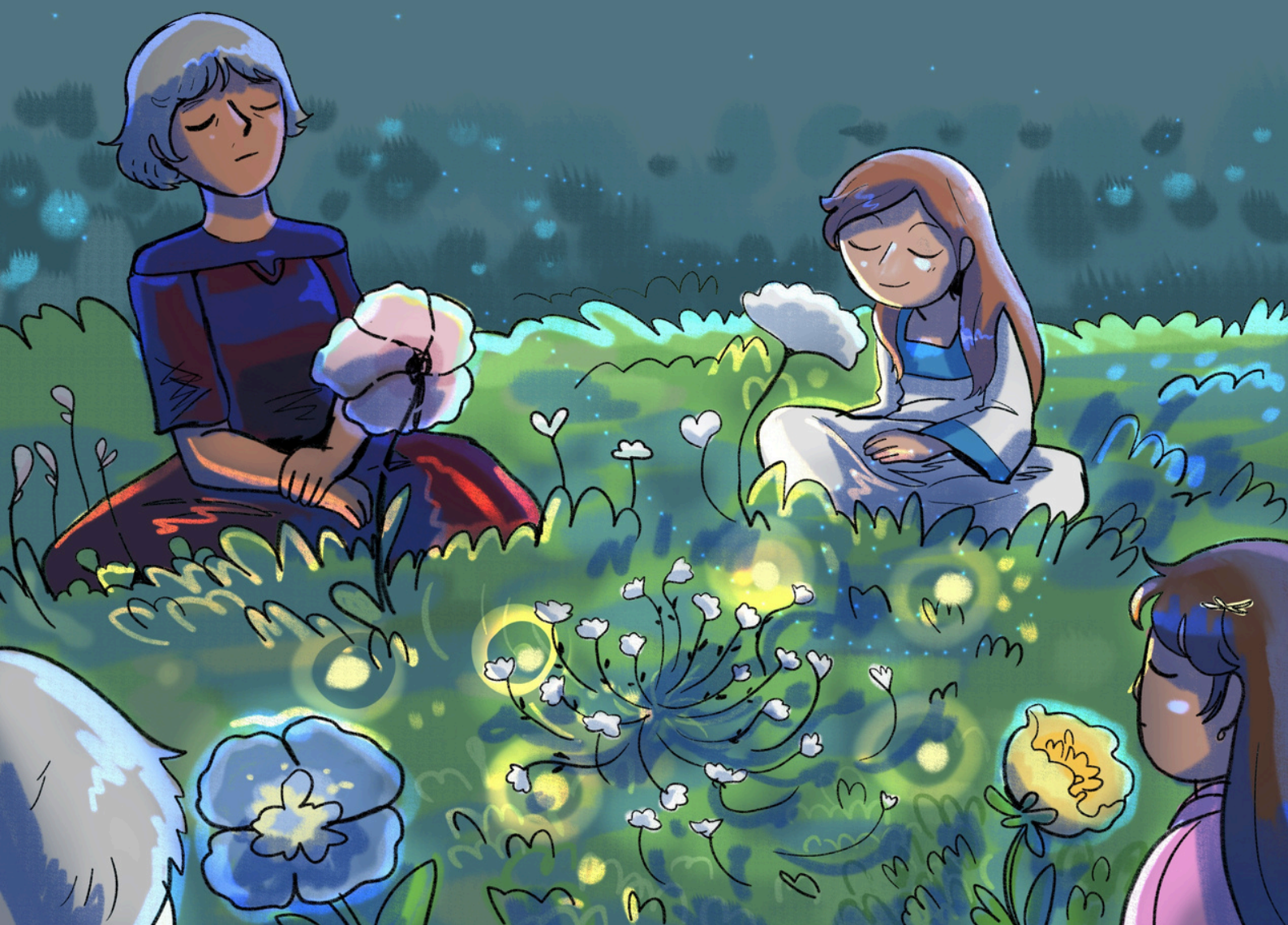


Con el corazón abierto y los ojos nuevos, Citlali decidió quedarse. No por nostalgia, sino por amor. Se convirtió en la nueva guardiana del jardín, no para custodiarlo, sino para escucharlo, para cuidarlo, para permitir que otros también lo encontrarán cuando el canto los llamara.

El canto de la flor ya no le dolía. Ahora la acompañaba como una melodía íntima que la sostenía en silencio, como un susurro que le recordaba que la vida continúa, aunque cambie de forma.

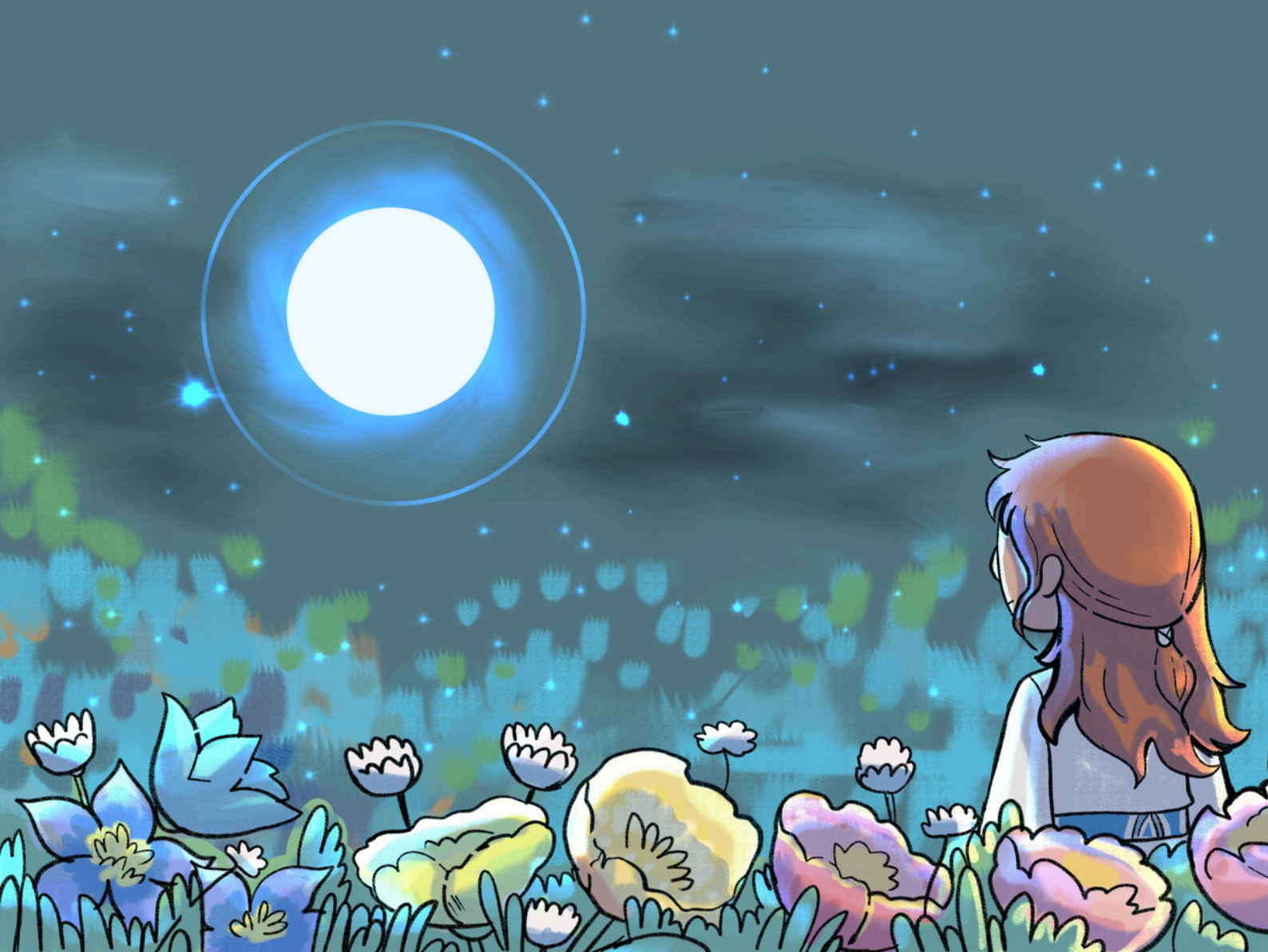


Con el tiempo, otros llegaron: niños, ancianos, mujeres que habían perdido, hombres que buscaban. Ella les enseñaba a escuchar, no con los oídos, sino con el alma. Les mostraba que, cuando se pierde algo valioso, el canto de la flor puede guiarles hacia lo que aún vive en lo profundo.



Y así, bajo cada luna llena, el jardín canta.

Y Citlali canta con él.



FIN

